

IGNACIO VERGARA CARULLA
Médico-Psiquiatra

YAGÉ UNA POSIBLE EXPERIENCIA DE TRANSFORMACION



BANISTERIOPSIS
C. B. Robinson & Small
B. caapi
(Spruce ex Griseb.) Morton
Malpighiaceae
Antillas y zonas tropicales de Norte
y Sudamérica

Cuando en nuestra cultura vamos a hacer una reflexión sobre una planta sagrada como el Yagé, muy posiblemente hablaremos de ella clasificándola como una “droga”, una “sustancia Química”, un “principio activo” que va a producir en nuestro sistema nervioso o en nuestro organismo, un efecto determinado el cual puede ser medido, cualificado, repetido en situaciones experimentales diferentes y convalidado dentro de una manera determinada de percibir la realidad, la cual está encuadrada dentro de los principios de nuestra lógica formal.

El principio de la *causalidad* entendido dentro de nuestros términos, nos aprisiona de tal manera que cuando queremos acercarnos a una realidad que no está programada para ser comprendida dentro de sus términos, sencillamente se nos excluye de su comprensión. Verdades o realidades entendidas y vividas por otras culturas de una manera muy vívida y transformadora no están disponibles a nuestra comprensión por no encontrarse dentro de sus reglas de juego.

Hay una antigua historia que relata que en una ocasión, un virtuoso del violín hizo una apuesta con sus amigos. Esta apuesta consistía en que él era capaz de sentarse a tocar su violín en medio de un grupo de leones. Que el encanto de su música era tal, que iba mantener a los leones tan encantados, que éstos no le harían nada. De acuerdo a lo apostado él se fue hacia un sitio en el cual había muchos leones y comenzó a interpretar bellas melodías con su violín. De acuerdo a lo previsto los leones comenzaron a llegar y quedaban extasiados escuchándolo. En medio de este excitante concierto llegó un nuevo león, el cual se dirigió directamente hacia el músico y de una dentellada lo mató. Los otros leones al ver esto se pusieron muy tristes y comentaron: “¡lástima, el león sordo nos dañó el concierto!”.

Cuando nuestra propia percepción y comprensión ha sido esclavizada y formateada por principios de aprendizaje tan rígidos como los de nuestra lógica formal, la mayoría de la veces jugamos a *leones*

sordos frente a realidades que podrían ser inmensamente enriquecedoras para nuestras vidas.

Al compartir una experiencia relacionada con las plantas sagradas, se que me estoy exponiendo a los riesgos que corrió el violinista de marras. Además me encuentro en la dificultad de ser un león sordo más, que de alguna manera se esfuerza en abrir sus oídos a la música de otras realidades, para –por medio de señas– invitar a otros que están en mi misma condición a abrir sus propios oídos.

Teniendo en cuenta estas primeras consideraciones me tomaré la licencia de hablar de las plantas sagradas como si esas realidades fueran conocidas por mí de primera mano. Ya he vivido varias experiencias en las cuales he decidido asistir al concierto haciendo un enorme esfuerzo para no “comerme” al violinista, contentándome muchas veces con observar el arrobamiento y la transformación a la cual están siendo expuestos otros leones que yo se que sí están escuchando ese hermoso concierto. He tenido que renunciar a ese principio de la racionalidad que dice: “todo lo que no comprendo es una ofensa para mí”, y con humildad reconocer y aceptar mi sordera. El solo poder estar presente participando en la experiencia me ha ido abriendo a la esperanza de un día poder apreciar esa música y permitir la transformación que ella genera en las personas que la escuchan.

Las *plantas sagradas* son realidades vividas por muchas culturas como medios de comunicación con elementos del universo que no son percibidos y por tanto no están presentes conscientemente en nuestro vivir cotidiano. Otras culturas como las tibetanas, las hindús y las chinas han creado disciplinas que les permiten desarrollar formas de conciencia por medio de las cuales entran en comunicación con esos elementos sin la mediación de recursos externos como son las plantas.

Nuestras culturas precolombinas, al igual que otras culturas desarrollaron la sabiduría necesaria para hacer uso de las plantas, como recurso para alcanzar ese espacio de conciencia que trasciende la conciencia personal. A estas plantas les dan un carácter “sagrado” ya que abren espacios de conciencia y de realidad que va más allá del mundo “ordinario” o “cotidiano”.

Existen muchas clases de “plantas sagradas”. Algunas personas, en cuyas vidas estas plantas han sido de mucha importancia en su proceso de crecimiento y transformación, han llegado hasta clasificarlas. Esta clasificación puede ser vista como irrespetuosa ya que uno no clasifica a sus amigos y a sus protectores, sino que lleva una relación integral con cada uno de ellos. El clasificarlas por fuera de un contexto de relación viva puede invitarnos a nosotros los sordos a mirarlas como “drogas” que causan diferentes “efectos”.

A pesar de este riesgo, hablo de algunas de esas clasificaciones que pertenecen al orden experiencial más que al científico.

Se habla de plantas de *ensueño*, plantas de *poder*, y plantas de *conocimiento*.

Esta clasificación puede ser parecida a la forma como otras culturas se refieren a sus gnomos, a sus elementales, a sus espíritus mediadores guerreros, a sus espíritus de sabiduría, o a sus espíritus de luz.

Cuando se entra en relación con el espíritu de una planta de ensueño, la experiencia a la cual nos abrimos es diferente a la que nos puede proporcionar una planta de poder o una planta de conocimiento.

Dentro de nuestra clasificación de ‘sordos, oímos descripciones que acomodamos en nuestra jaula perceptiva limitada, al concepto *causa efecto*. Subrayo este concepto porque es importante para mí el que entendamos que estamos atrapados dentro de una formaleta perceptiva que nos lleva a distorsionar todo lo que vivimos para acomodarlo a la tiranía de esa norma perceptiva.

La tentación vivida por cualquiera de los que vivimos dentro de esos parámetros de percepción, es la de decir que una planta de ensueño contiene un determinado tipo de sustancia que produce sobre el sistema nervioso central determinado tipo de efecto psicodisléptico o psicotrópico, porque actúa a nivel de un conocido sistema de neurotransmisión, interactuando con determinado neurotransmisor y produciendo determinado efecto clínico.

Saliéndonos de este esquema, y escuchando a los violinistas y a los leones que tienen oídos para oír, podemos decir que las plantas de ensueño nos facilitan la relación con entidades o espíritus o como los queramos llamar, que son pobladores de los reinos del ensueño. El ensueño leído dentro de nuestros términos sordos, podría ser esa facilidad que puede despertarse en nuestra conciencia para navegar por ‘realidades aparte’, para utilizar los términos de un ensoñador. A veces es necesario para nosotros los prisioneros de la lógica formal, invitar con respeto al espíritu del ensueño para abrir nuestras ventanas a otras formas de percepción y a otras formas de realidad. Don Juan Matus, en las primeras etapas de enseñanza a su discípulo Carlos, lo invita a relacionarse con plantas de ensueño como *el humito*. A veces me siento haciendo un gran esfuerzo, invocando el espíritu del ensueño por medio de la palabra, para conseguir abrir la conciencia de los que me leen a esa “realidad aparte” del ensueño. Posiblemente si Carlos Castañeda no hubiese recibido el favor de los espíritus del ensueño por medio de la sabiduría de Don Juan Matus, no hubiese continuado su camino

de apertura a otras formas de transformación y de sentido de la vida humana.

Las Plantas de poder abren la posibilidad de entrar en contacto con los espíritus que tienen alguna capacidad de intervenir en el orden de la realidad en que vivimos en nuestro estado de conciencia ordinario. Son invocados estos espíritus por medio de estas plantas para conseguir que el orden de la realidad cotidiana se cambie en favor del que lo invoca. Este tipo de plantas son las más utilizadas para la sanación, para pedir las lluvias, para pedir favores frente a situaciones difíciles. En este orden de plantas está el *Yagé*, el *peyote*, el *San Pedro*, y para algunos conocedores también el *Tabaco* en sus distintas preparaciones.

Por último están en esta clasificación las plantas de conocimiento entre las cuales se encuentran una gran multiplicidad de hongos. Por medio de estas plantas invocamos el espíritu de la sabiduría. Utilizo la palabra sabiduría ya que el concepto de conocimiento en nuestro lenguaje no hace alusión al fenómeno de la percepción de las realidades últimas, sin la mediación de la percepción sensorial y el desarrollo del concepto lógico. Ya Heráclito decía que el no era un filósofo, ya que el objeto de la filosofía era la apariencia de la realidad informada por nuestros engañosos sentidos. El decía que el objeto de su conocimiento era la realidad última a la cual se llegaba por medio del silenciamiento tanto de los sentidos como de la mente razonante. Estas plantas, cuando nos relacionamos con ellas en forma adecuada, nos abren a una dimensión de conocimiento que va mucho más allá de nuestra ideación y conceptualización corriente.

No es mi intención hacer un tratado de plantas sagradas. Por otro lado mi dificultad es la de referirme desde un paradigma a cosmovisiones que no pueden ser comprendidas sino desde paradigmas no lógicos. Abordar para una audiencia científica un tema como el de las plantas sagradas, es exponerse a irrespetar o las plantas sagradas, o a la audiencia científica o en el peor de los casos a ambas. Actualmente se comienza a dar ese diálogo entre algunas ramas de la psicología y las escuelas de misticismo o las escuelas chamánicas. La psicología *transpersonal* ha sido uno de esos corredores que cuentan con un terreno de nadie en el cual el que entra tiene el compromiso de respetar la cosmovisión del otro por encima de cualquier preconcepto.

Por ahora mi intención ha sido el situarme en ese terreno hoy manejado por las distintas escuelas *traspersonales*, que permite un abordaje respetuoso a las consideraciones que puede hacer un león sordo sobre el concierto que la naturaleza nos ofrece por medio de la experiencia de las *Tomas de Yagé*.

TOMA DE YAGE

Para referirme a la experiencia de tomar *Yagé*, hablo de la *toma de Yagé*, ya que una cosa es usar una sustancia con un fin determinado para conseguir unos efectos determinados en nuestra conciencia o en nuestra salud, y otra cosa es abrirse a una experiencia dentro de un ritual determinado, exponiéndose a muchos impredecibles. Las personas que dan el *Yagé* lo hacen en contextos rituales diferentes según la cultura, pero con varias cosas en común. Estas personas reciben de acuerdo a la cultura nombres diferentes como *Chamán*, *Paye*, *brujo*, o *Taita*. Son personas que han hecho un largo y a veces duro proceso de aprendizaje, muchas veces elegidos desde pequeños en sus grupos sociales para desempeñar este rol. Este tiene relación tanto con el mundo de los espíritus y el desarrollo anímico de las personas, como con la salud física y social de los miembros del grupo. Usaré para referirme a esta persona el nombre de *Taita* ya que mis experiencias la mayoría de veces han sido guiadas por *Taitas*.

La primera exigencia en una toma de *Yagé* es la de llevarla a cabo con un *Taita* que haya recibido el *poder*.

En la formación del *taita* hay una etapa de aprendizaje en la cual un *taita* maestro enseña al aprendiz todo lo necesario para conseguir el *Yagé*, conocer sus distintas clases y sus distintos usos, prepararlo adecuadamente y algunos de los rituales que se llevan a cabo en la toma. El discípulo recibe el conocimiento consumiendo el *yagé*. Por medio de los estados de conciencia que accesa durante las tomas, va recibiendo información del Espíritu del *Yagé*, el cual le habla a través de lo que nosotros llamaríamos *alucinaciones*.

El concepto de este tipo de comunicación no es para ellos el mismo que para nuestra psicología convencional. Para nosotros este fenómeno describe una percepción que no tiene ninguna relación con una realidad objetiva, que es creada por un estado mental perturbado ya sea por razones orgánicas, o por trastornos psicodinámicos. La mayoría de las personas que hacen referencia a las "informaciones" recibidas en un estado de trance de *Yagé* o otro tipo de trances, se refieren a ellas como *alucinaciones* sin hacer ninguna diferenciación con nuestros conceptos psicopatológicos.

En la cosmovisión de la persona que usa el *Yagé* como un mediador, estas enseñanzas dadas por medio de voces e imágenes que percibe el aprendiz, tienen un carácter objetivo, relacional y personal. El *TAITA YAGE*, como es llamado el espíritu del *yagé*, es —en palabras de los mismos *taitas*— "una persona que tiene simpatía o antipatía" por las personas que lo invocan.

El discípulo, por medio de estas informaciones que va recibiendo en sus tomas, va haciendo un proceso de aprendizaje el cual culmina el día que recibe el poder del Espíritu del Yagé estando en un estado de trance. El maestro tiene por función corroborar si esta persona ha recibido realmente el poder y está en capacidad de ser *Taita*, y así recibir la autorización para repartir Yagé, curar, dar consejos y definir situaciones sociales en su grupo.

No es este el espacio para hacer un análisis acerca de lo que está sucediendo social y antropológicamente con los *Taitas*, como consecuencia del proceso de transculturación, tanto política como religiosa, que padecen la gran mayoría de nuestras culturas indígenas, pero si es importante anotar que hoy en día en los rituales sagrados se encuentra una gran cantidad de contenidos de religiones cristianas. Las invocaciones a la Virgen María, a Jesús y a otros santos de nuestro Santoral están permanentemente intercambiándose con las invocaciones a los espíritus propios de estos rituales.

La segunda condición es la de hacer una *dieta*. Aparentemente puede entenderse que los componentes del Yagé son tóxicos y que es necesario llegar con el intestino desocupado para que la toma no intoxique a la persona. Esta es la razón que dan los *taitas*. Sin embargo hay una forma de Yagé consumida por otras etnias, que la llaman *Caapi*, la cual no exige dieta. La planta que se consume es la misma y los principios activos son los mismos.

En mi concepto la dieta que acompaña a la mayoría de experiencias chamánicas, aún a aquellas en las cuales no hay ingestión de ninguna planta, hace parte del llamado a una conciencia que se sale de la conciencia cotidiana. En muchas culturas espirituales se entra en estados expandidos de conciencia solamente por medio de los ayunos y las dietas.

Las variedades de tomas son infinitas. Puede haber tomas a solas con el *taita* en un ambiente selvático, o el *taita* puede dar una toma a su paciente como se da un remedio a un enfermo, o la toma hace parte de un ritual grupal en el cual el grupo es un elemento esencial en el proceso.

Con la salida de los *taitas* a las grandes ciudades y el ingreso de nosotros los *doctos* en esos procesos se ha ido liberalizando cada vez más el ritual.

Mis experiencias se han realizado en la ciudad, en Sibundoy, en la casa del *Taita* Martín Agreda, en un resguardo indígena en los llanos orientales llamado *Walabó* y en varias fincas cercanas a Bogotá, acompañado por personas con formación científica y mente cuadrículada como la mía. A las personas que nos hemos criado dentro del paradigma lógico científico es a las que me refiero con el apelativo de "doctos". Hago

alusión a este tipo de participantes porque hacemos el papel de los "leones sordos" del concierto.

Jesús decía en una de sus bienaventuranzas: "Bienaventurados los pobres de espíritu porque ellos verán a Dios".

Cuando he participado en estos rituales con indígenas, he podido descubrir que la riqueza de su experiencia nunca es comparable con la pobreza de la mía. Encuentro muchos elementos en común entre ellos. Se comunican con mucha más facilidad con esa "realidad aparte" creando mapas y territorios de gran objetividad cultural. Decirle a una persona que ha vivido desde hace mucho tiempo realidades como la del *Taita Yagé* actuando en su vida, siendo compartida con sus semejantes, que el *taita Yagé* es creación de su mente producida por una intoxicación, es lo mismo que decirle a un psicólogo contemporáneo que la mente inconsciente no tiene una existencia objetiva en el ser humano.

Cuando he compartido un ritual de Yagé con 'doctos', me doy cuenta de que entre menos rígida sea la estructura cognoscitiva de la persona, más acceso tiene a realidades transformadoras. Sin embargo en todos encuentro esa lucha de paradigmas. El juicio ante cada experiencia. La falta de sencillez perceptiva. La necesidad de estar catalogando cada experiencia, como "alucinación" o "percepción extrasensorial" o "comunicación y enseñanza del *taita yagé*". El temor permanente a la locura y a la pérdida del control. La pregunta constante de cualquier científico: "para que sirve?".

Al indígena la planta le significa la mano de Dios puesta en la tierra a su alcance. Es un medio para comunicarse con el más allá, para pedir ayuda o para conseguir acogerse a la voluntad de ese ser poderoso que tiene su propio orden.

Toni de Mello dice que en su tierra un milagro es el que un ser humano conozca la voluntad de Dios y la cumpla, mientras que en estas latitudes un milagro es el que Dios conozca la voluntad de un hombre y la cumpla. Nuestras culturas precolombinas convivieron en su entorno sin generar ningún tipo de catástrofe ecológica, ya que consideraban que la armonía se conseguía cuando se podía entrar en contacto con el universo para conocer sus designios. Y fue dentro de ese espíritu en donde nació el chamanismo. Hoy en día con el proceso de transculturación el chamán muchas veces ha quedado convertido en un curandero, o en el peor de los casos en un *brujo*, en la mala acepción de la palabra. Don Juan Matus dice que los brujos de antaño perecieron porque cedieron a la tentación del poder. Muchos de nuestros chamanes han transformado los rituales con las plantas de poder en actos médicos por medio de los cuales se consigue someter un poder superior para el beneficio de un ser humano deter-

minado que un momento tiene el poder del dinero para conseguir ese favor. Esto es conseguir que Dios se vuelva esclavo de un hombre, lo cual nos hace recordar mucho a personajes como Rasputín al servicio de los Zares o algunos astrólogos sabios al servicio de Hitler. El papel del chamán como mediador entre los órdenes del "más allá" y su grupo social ha ido desapareciendo, para dejar paso a un chamán que sencillamente viene con un modelo médico occidental a competir con los médicos y los sacerdotes de nuestras grandes masas.

"El blanco", como somos llamados por nuestros pueblos autoctonos, fascina con su manejo del poder a las almas sencillas, generando hambre de control de la naturaleza, de los bienes, del mismo organismo, al punto que hoy en día el consumismo tecnológico está siendo para los indígenas una tentación de poder mayor que lo que fue su proceso de cristianización. Cada vez es más fácil que el chamán se convierta en brujo. Que no tenga capacidad de renunciar a la tentación de manejar a los espíritus para su beneficio propio. Así como la religión le dio fórmulas para doblegar la voluntad de Dios, y la tecnología le está dando fórmulas para doblegar la voluntad de la naturaleza, así también las plantas de poder pueden ser invocadas dentro de ese mismo "antropocentrismo".

He hecho una digresión aparente del tema de la toma de Yagé ya que me sirve para enfocar mi siguiente reflexión.

¿PARA QUE?

Necesariamente tengo que responder a esta pregunta al escribir para una revista de psicología.

Muchas plantas sagradas hoy en día están siendo utilizadas únicamente por 'placer'. Ese principio básico de búsqueda de placer y evitación de dolor, justifica gran parte del desarrollo tecnológico en miras a obtener el bienestar, la comodidad, la salud, la llamada paz y la felicidad. Podríamos decir que nuestra ciencia está prácticamente a su servicio. El desastre ecológico únicamente se justifica en función del bienestar de las generaciones actuales. Plantas de ensueño como la marihuana, sus derivados como el hachís; plantas de poder como la coca y sus derivados como el bazuco y la cocaína y aún plantas de conocimiento como los hongos están siendo utilizados por el hombre civilizado dentro de esa ética. Se justifica su uso porque produce placer. Los doctores de la ley y generadores de moral cuestionan el uso de algunas plantas sagradas como el cornezuelo del centeno y sus derivados como el L.S.D., lo mismo que a la cocaína, a la marihuana, al tabaco

y la hiloscibina (derivada de algunos hongos), porque producen enfermedad y la enfermedad causa dolor.

El Yagé no entra dentro de esta categoría. Cualquier persona que ha tenido una experiencia con esta planta la va a describir como algo frente a lo cual se siente mucha ambivalencia.

Todas las personas a las cuales yo invito a una experiencia de este orden siempre se acercan a ella con las cuatro virtudes del guerrero recomendadas por Don Juan a su discípulo. Estas son: El miedo, el respeto, la conciencia, y la confianza.

La experiencia misma del Yagé es dura a nivel orgánico y a nivel psicológico. Desde el ayuno que hay que guardar, la expectativa frente a lo desconocido, la imposibilidad total de tener cualquier tipo de control frente a la experiencia, hasta la rudeza de los efectos orgánicos producidos por la ingestión de la planta hace que no se catalogue dentro de las posibilidades de experiencia que puedan ser vendidas por una agencia de viaje norteamericana o por cualquiera de las espiritualidades de bienestar y felicidad tan en boga en nuestros tiempos. Es una experiencia tan difícil que cada día hay menos chamanes que trabajen con seriedad el Yagé. Un joven indígena nos decía que a los indígenas actuales no les gustan mucho los ayunos y las purgas que exigen muchos de estos rituales por lo cual prefieren capacitarse como enfermeros en los puestos de salud que el gobierno está facilitando en territorios indígenas.

Una vez que la persona llega a la toma tiene que enfrentarse al choque cultural. Los olores, los sabores, las escupidas, la falta total de higiene, de acuerdo a nuestros valores "higiénicos" de salud. El discurso y la sabiduría del chamán que abren a la confianza cuando somos "pobres de espíritu" y abiertos a otras cosmovisiones, al comienzo choca con nuestra rigidez. Aún, si hemos militado dentro de las ciencias liberales que relativizan la certeza y la validez de nuestro paradigma científico, al encontrarnos un discurso piadoso, de corte cristiano devocional, en lugar del lenguaje autóctono, con cosmovisiones autóctonas, se nos ofende ese científico antropólogo que llevamos dentro para justificar la experiencia que estamos llevando a cabo como "laboratorio experiencial".

Luego tomamos lo que los botánicos que han estudiado el Yagé describen como "la pócima tóxica", y somos sometidos al efecto de la "intoxicación", sintiendo en nuestros términos, que nos hemos tomado un veneno que es como candela en nuestro estómago, que a veces nos corta la respiración, que nos lleva a sentir retorcijones y sensaciones de que todas las gastritis y las úlceras se han exacerbado al extremo de llevarnos a una posible muerte por intoxicación, rodeados de gente que no acepta por ninguna razón

llevarnos a una clínica, en manos de un Taita que lo único que hace es rezar, cantar, batir la *guaira* (hojas de una planta sagrada que acompañan el canto del taita), si es que nos encontramos cerca a una gran ciudad. O sentir que morimos en una lejanía rodeados de seres que lloran de risa de nuestro sufrimiento y nuestro temor a morir. En este momento el choque cultural se nos transforma en cataclismo cultural. Más tarde o más temprano comienza a aparecer la confianza en el taita. Esa confianza surge cuando vamos aceptando el hecho de estar viviendo una situación muy parecida a la que vivimos en los primeros tiempos de nuestra infancia. Aceptamos el hecho de no tener control sobre la situación. Que debemos entregarnos en manos de la persona que es la autoridad y sabe manejar esa situación de acuerdo a sus conocimientos y sus saberes. No importa que no compartamos su manera de percibir el mundo. No he sabido de nadie que salga de una toma de Yagé para una clínica, aunque si me ha tocado vivir varias veces el casi obligar a una persona a permanecer en el grupo para permitir que el proceso presidido por el taita y manejado por el *Taita Yagé* (uso las itálicas para referirme a una entidad superior), siga su curso.

Posteriormente viene un primer alivio cuando se comienza a producir el vómito y en algunos casos una diarrea temprana. Los taitas dicen que este vómito y esta diarrea es la forma como el *Taita* limpia a las personas. En la mayoría de los casos este vómito y esta diarrea se producen sin el pudor propio de la "gente bien". Es como si el espíritu de lo sencillo y lo primitivo llegara a darle la mano a la persona en este proceso tan doloroso. Después de producirse esta catarsis en algunas personas aparece la *chuma* y la *pinta*. En mi experiencia personal tuve que asistir a cinco rituales de Yagé con diferencia de varios días antes de experimentar por primera vez cualquiera de estos dos fenómenos. La *chuma* es una borrachera en la cual la conciencia está completamente lúcida, pero todo el sistema motor y el equilibrio están muy trastornados. Sin embargo, si el entorno exige un estado de presencia y coordinación, esa "ataxia" es posible controlarla con la voluntad. Este fenómeno ha llevado a los investigadores del Yagé a plantear que es una sustancia altamente neurotóxica. Aplicada en laboratorio sobre curries han demostrado que es letal. Vuelvo a insistir en que hay dos paradigmas ya que dentro del modelo causa-efecto hay cosas que no funcionan con el yagé. En mis primeras tomas la dosis que ingerí fue alta. Tomé "cinco medidas". La medida es una totuma o una vasija que equivale a medio pocillo de los nuestros o a un pocillo tintero grande. Tomando esa dosis tan alta no tuve "ataxia psicomotora" o en términos cha-

mánicos *chuma*. La primera vez que hice una experiencia de *chuma*, no había ingerido sino media "medida". En las tomas posteriores, manejando el esquema de control causa-efecto, pensé que el secreto era tomar poquito pero tampoco funcionó. Después he tratado de explicar las distintas "variables" para conseguir algún control sobre los efectos que va a producir sobre mi la toma a nivel orgánico y neurológico, y hoy he llegado a la conclusión de que parte de la experiencia con el Yagé es su impredecibilidad.

Algunas personas en sus ansias de experiencias extrañas, con necesidad de mantener el control, usan algunas medicaciones del grupo de los fenotiazínicos antes de la toma y con esto consiguen bastante control sobre los efectos orgánicos a nivel del sistema nervioso central y de sistema digestivo. Esta forma de acercarse a la experiencia nos muestra nuestra capacidad de distorsionar los conocimientos de otras culturas para ponerlos a nuestro servicio dentro de la ética del placer, la salud y el bienestar. No recomiendo para nada este tipo de experiencia, ya que va a generar los mismos efectos que está generando la cocaína, las hiloscibinas sintéticas en forma de drogas de mercado negro, o el tabaco. La planta sagrada exige su contexto y el soltar el control para proporcionar el conocimiento o la transformación que invocamos por medio de ella. El buscar acercarse a una experiencia de Yagé sin todo su proceso de muerte y resurrección es frivolar la experiencia.

Ya en algunos medios se habla del Yagé como una nueva toxicomanía, y ya en el Putumayo, el Caquetá y en otros sitios en donde se cultiva o se produce el Yagé, este se está comercializando. Somos una cultura que se vuelve adicta a todo lo que produce placer y bienestar, y atrapados en esas adicciones, vamos renunciando a la transformación que nos permite realizar todo nuestro potencial de criaturas conscientes.

El segundo efecto al que me referí es la *Pinta*. En términos psicológicos se podría llamar la alucinosis. Algunas veces se presenta este efecto. Nosotros los 'doctos' necesitamos vivir muchas experiencias con Yagé antes de tener una *pinta* verdadera. Una experiencia que precede a este fenómeno y es frecuente, es la aparición de formas muy bellas de colores en figuras geométricas, espirales, luces muy nítidas, acompañadas de un estado de ánimo casi beatífico. Para algunos este fenómeno es visto como la *pinta*. Sin embargo la *pinta* es una experiencia en la cual hay una comunicación formal, lógica y secuencial, con la que la persona que está viviendo la toma recibe mensajes muy claros de los espíritus, o encuentra respuestas a las preguntas que ha hecho. Es en este estado de conciencia en el cual los taitas reciben la información sobre la enfer-

medad que aqueja a su paciente, sobre las plantas que deben utilizar, sobre el lugar en donde encontrarlas, la forma de cocinarlas y la concentración que deben usar. Solamente las personas que han recorrido un camino largo de experiencias con esta planta, obtienen este tipo de información en las tomas.

En un ritual se pueden pedir varias porciones de la bebida. La mayoría de veces depende del participante la cantidad de Yagé que desea tomar. Algunos taitas le piden a determinadas personas, beber más o dejar de beber, pero esto es más bien la excepción.

En varias ocasiones he presenciado cuadros que podríamos llamar, en nuestros términos, psicóticos, ya sea de orden paranoide inflativo o persecutorio, los cuales han sido trabajados por el chamán dentro de su disciplina. En la vida posterior a la toma no quedan síntomas que hagan pensar que ha permanecido un cuadro psicótico larvado. He escuchado versiones sobre personas que han hecho 'procesos psicóticos' posteriores a la toma de Yagé, pero no he podido conocerlas personalmente para poderme crear un criterio clínico acerca de la etiología de esos procesos. En todos los casos se ha tratado de personas que consumen el Yagé por fuera del contexto ceremonial.

Volviendo a la pregunta de el "para qué" puede servir, a personas criadas en esta cultura con nuestra mente 'docta', el participar en una experiencia de Yagé, la primera respuesta es que no es una experiencia agradable ni placentera, si se lleva a cabo de la manera adecuada al contexto del cual proviene.

Como una medicina más que puede ayudarnos a "purgarnos", limpiarnos de parásito, darnos más energía, conectarnos con el más allá para obtener respuestas a nuestras inquietudes intelectuales o emocionales, yo pienso que tampoco nos sirve a nosotros los 'doctos'. A una persona sencilla si podría servirle para alguna de estas finalidades, pero una persona 'culto' si busca estos beneficios, posiblemente no va a hacer más de una sola toma porque sale desilusionada.

En el título de este trabajo, "una posible experiencia de transformación", encuentro yo alguna manera de acercarme a la riqueza de esa sabiduría de nuestros antepasados. Pienso que una condición para llegar a gozar de todos los beneficios de las plantas sagradas, es abrirnos a una transformación, tanto en nuestra estructura psíquica, como en nuestra estructura orgánica, que nos permita enriquecernos, crecer y armonizarnos con otros reinos de nuestra creación.

El sentido de la vida humana cada día está más desintegrado del sentido de la vida del planeta. La visión antropocéntrica del Génesis nos ha llevado a un tipo de conciencia en la cual lo único valioso existente es la raza humana, y dentro de la diversidad de las razas

humanas, una raza en especial que se constituyó en el *pueblo elegido* del creador. Esa conciencia de que las demás cosas sirven en la medida en que son útiles para 'los elegidos' ha ido exacerbado cada día más la individuación y diferenciación como sentido último del devenir humano.

Crecimos con la conciencia de 'blancos elegidos' que tenemos que 'crecer y dominar la tierra', y todos nuestros caminos de aprendizaje se orientaron hacia la capacitación en el poder y el control para conseguir ese objetivo. El desarrollo de un individuo dentro de nuestra cultura está marcado por todas las pautas que se le van dando y exigiendo para poder ser altamente competitivo, con un carácter fuerte, una personalidad definida, una metas individuales y personales claras. Para desarrollar este tipo de carácter 'funcional', la educación lo va orientando a ser más diferente de los demás, más 'egocéntrico' con más recursos para sentirse 'separado' y defendido del entorno. Ha desaparecido la conciencia de *pueblo elegido*, ya que la conciencia individual ha devorado la posibilidad de desarrollar la conciencia grupal. Para muchos de nosotros el solo concepto de 'conciencia grupal' es una mera idea que no tiene ninguna posibilidad de existencia objetiva.

Alexander Lowen define esta cultura como la 'cultura narcisista', la cual genera individuos centrados en sí mismos, paranoides, con incapacidad de amar, gozar, integrarse en formas de conciencia que los trasciendan.

El Yagé, lo mismo que la mayoría de las plantas sagradas, se da en un contexto tribal, en el cual el individuo recibe su valor de la tribu, y a su vez la tribu recibe el valor de la tierra que la alimenta y la protege. El 'hombre blanco' descendiente del pueblo elegido, no se siente acunado, integrado y poseído por la tierra o por su grupo social, sino que se siente poseedor, dominador y controlador de su entorno biológico y físico. A veces sentimos un 'gran amor' por una de esas criaturas que se encuentra con nosotros en el camino, y ese amor se manifiesta por la posesión y el control que ejercemos sobre esa criatura, ya sea esta una fanegada de tierra, o un ser humano a quien llamamos 'esposa' o 'hijo'. Sabemos que amamos, cuando deseamos poseer y controlar. Hemos creado una tecnología poseedora, manipuladora, arrasadora, la cual nos va generando una conciencia cada vez más individualista, utilitarista, competitiva, paranoide, controladora, provocando en nosotros un desarraigo, una soledad, una desconexión de nuestro entorno y de esa parte de nosotros mismo que hace parte de un todo, que llamamos *organismo*.

El Yagé, en una experiencia integrada al contexto cultural al que pertenece, puede ser un puente para rescatar esos vínculos con formas de conciencia di-

ferentes a esa conciencia individual que hemos hipertrofiado. Si nos acercamos a él con conciencia de 'blancos', lo haremos en forma dominante y controladora. Dicen las personas entendidas, que las plantas de poder cuando son utilizadas con esa forma de conciencia, terminan haciendo daño y destruyendo a aquellos que las utilizan. Como ejemplo hablan del alcohol, el cual se inició siendo el *espíritu del vino*, dando calor, amor y apertura a los corazones que se habían cerrado; el espíritu de la *gamyá*, el cual al ser utilizado en forma frívola y controladora ha producido enormes dificultades en forma de marihuana; el espíritu del *tabaco* el cual abría la posibilidad de la palabra para 'poder', con el diálogo, llegar a la paz y a la verdad. Así puedo seguir mencionando muchas plantas sagradas que tomadas por el 'blanco' y transformadas en sustancias químicas utilizables bajo control, han terminado sembrando mucho sufrimiento y muerte.

Si nos abrimos a la experiencia con la confianza que piden los taitas tener, el primer dolor que vamos a experimentar, es el descubrir que nuestras defensas se han convertido en prisiones. Es muy difícil para una persona como nosotros soltar el control y aceptar la experiencia sin la actitud paranoide que ha sido formada en nosotros a través de toda nuestra historia. El mayor trabajo de conciencia en mis experiencias ha estado centrado en este "tratar de soltar el control". El Yagé genera una enorme lucidez de conciencia, parecida a la que genera la marihuana en las primeras experiencias. Esta lucidez me va mostrando durante todo el ritual las mil formas que tiene mi psiquismo para mantener el control. Al mismo tiempo voy recibiendo información permanente de los contenidos paranoides del curso de mi pensamiento y mis emociones. Es como un psicoterapeuta implacable el que se instala dentro de mí para mostrarme durante todo el tiempo, que los mismos mecanismos que estoy utilizando para soltar el control, son los que me permiten mantener el control, y que cuando el control está a punto de perderse, el pánico por la locura o frente a la muerte misma hace que vuelva a colocar las defensas en automático.

Con el tiempo se comienza a generar una valoración auténtica hacia los taitas. No es la valoración intelectual del antropólogo que se siente encontrando 'algo interesante', sino una valoración semejante a la que el niño hace hacia su madre. El Yagé va mostrándome que gran parte de la desconfianza y la paranoia nacen del desprecio que tenemos hacia las formas de vida sencillas y no egocéntricas.

Con esta confianza que va apareciendo, podemos ir teniendo la experiencia de pérdida de control. Para las personas que han leído los libros de Carlos Castañeda es fácil entender este concepto de "pérdida de control",

pero posiblemente casi ninguno de nosotros ha tenido esa experiencia en la vida. Nos acercamos a veces a esta forma de conciencia en el orgasmo. Sin embargo Lowen plantea que la mayoría de los hijos de esta cultura narcisista no logran soltar el control, ni siquiera en la experiencia orgásmica.

Para la mayoría de nosotros, hijos de una religión cuyo mandato es el amor, la forma de conciencia amorosa es tan extraña como para un sordo es extraña la melodía. La condición para que la conciencia amorosa se presente es la existencia de la confianza y la aceptación. Nuestra educación nos llevó a hipertrofiar el control por incapacidad de aceptar. El mito tecnológico, el mito religioso y el mito psicológico nos plantean que nunca debemos aceptar la limitación, el dolor, la enfermedad o la muerte. Nuestro reto es llegar a controlarlos. Estos mismos mitos nos invitan a desconfiar de nuestro ser instintivo y natural, del mundo que nos rodea porque es sucio, infeccioso, pecaminoso. Del dolor y la enfermedad porque son nuestros enemigos; de la naturaleza no civilizada porque está llena de animales y plantas que quieren nuestro mal. Del prójimo porque es enemigo que rivaliza con nosotros en la consecución del poder y el control.

Esta actitud de control y desconfianza generalizada nos lleva a dar a nuestros dioses y protectores el papel de paladines guerreros que luchan contra nuestras enfermedades, nuestros prójimos, contra los elementos de la naturaleza para proteger ese castillo impenetrable y aislado en que se va transformando nuestro universo personal. Podemos decir que vivimos una esquizofrenia colectiva marcada por un autismo desconfiado y controlador. Aunque aparentemente no tenemos escindido nuestro ego, este sí está escindido del organismo total al cual pertenecemos.

La experiencia con Yagé nos despierta esa conciencia de ruptura y "esquitosis" respecto a ese ser que nos trasciende. El umbral que debemos traspasar es el de la desconfianza y el juicio rechazador y escogedor. Una vez que ha sido traspasada esta primera puerta, nuestra conciencia ingresa a ese universo en el cual el sentido del existir está más allá de la búsqueda del prevalecer como mónada desligada del todo.

La psicología transpersonal ha nacido dentro de los doctos por la necesidad de volver a conectarnos con ese *Todo*. Ha comenzado a estudiar los estados de conciencia que hay más allá de esa pequeña mónada, y para hacerlo ha tenido que enfrentar los prejuicios de la psicología convencional. Ya se está aventurando en los terrenos que trascienden el ego y las formas de conciencia propias de él. Por esta razón estos exploradores se están abriendo con mucho más respeto, confianza y aceptación a cosmovisiones que plantean

que la vida del ego es apenas una infancia que debe ser trascendida en el proceso del desarrollo humano. Hemos aprendido a ver el mundo y a nosotros mismos en ese contexto religioso, político y psicológico que llamamos científico, tildando de enfermos a aquellos seres que un día se cansaron de gatear y decidieron caminar erectos, y una vez que pudieron caminar erectos tuvieron el valor y la confianza para atreverse a volar, aunque eso significara su posible muerte.

La experiencia con el Yagé pertenece a este orden. Muchos de nosotros hemos recorrido un camino desde nuestro intelecto protegido y desconfiando. Hemos oído las historias de argonautas de la conciencia que exploran universos que para nosotros en principio son productos de la ciencia ficción. Leyendo o escuchando a los tibetanos, a los budistas, a los chamanes, a los Castanedas, las Tashas, los Cohellos hemos soñado mucho tiempo con esos reinos. Solamente cuando nos enfrentamos saliendo de nuestra guarida de seguridades, sumergida en un mundo aséptico, virtuoso, controlado, lleno de miedos a la enfermedad, a la locura, al pecado, a la muerte, para entrar en un mundo en el cual el chamán escupe dentro de la totuma en la cual nos va a ofrecer una bebida que nos arroja a un mundo impredecible, del cual no conocemos ninguna de sus reglas de juego, podemos saber cuan estrecha y rígida es nuestra prisión de desconfianza, paranoia y control. Esa conciencia hace que poco a poco se nos vuelva intolerable el seguir gateando en nuestras mezquinas posesiones, y armados con el valor de la desesperación, nos arriesguemos a enfrentar lo desconocido. Entonces... es posible que tengamos el valor de ponernos de pie, aunque eso signifique el perder nuestro equilibrio y caer de bruces con la posibilidad de morir en el intento.

No recomiendo la experiencia de el Yagé a una persona que no está viviendo un proceso de transformación. Abrirnos a la protección del universo no es conseguir un aliado en el más allá que siga ayudándonos a cuidar nuestros mezquinos valores egóicos. Por el contrario, abrirnos a la protección del universo es aceptar y confiar que los designios del universo nos trascienden y que nosotros hacemos parte de ellos con conciencia. Es cruzar el umbral que nos separa del universo, es permitir que la vasija que nos contiene se rompa para que el agua de nuestro ser, pueda unirse al agua de océano.

Los estados de conciencia que nos proporcionan las plantas sagradas pueden llevarnos a caminar y luego a volar, si nos logramos entregar. Esta entrega implica una transformación la cual es facilitada por la experiencia.

También los estados de conciencia que nos proporcionan las plantas sagradas pueden llevarnos a volver más rígidas nuestras defensas y nuestra egolatría, si

caemos en la trampa de creer que toda la riqueza que se coloca a nuestra disposición es producto de nuestro ego competitivo e hipertrofiado. Hay muchas personas que en su afán de exitamiento egóico y buscando el poder personal, no han hecho una transformación, sino por el contrario han reforzado sus estructuras paranoides y controladoras llegando muchas veces a internalizar la "esquitosis" o la ruptura que antes existía con el *Todo*.

Dice un pensamiento budista: *La misma luz que ilumina al águila, enceguece al buho*. Lo mismo puedo decir de la experiencia del Yagé: o la persona acepta con humildad su transformación encontrando en la ayuda de la planta sagrada un aliado en su camino hacia la realización plena; o la persona se enceguece y se acaba de sumergir en su prisión egótica.

Si la vida nos proporciona la posibilidad de acercarnos a una experiencia con una planta sagrada, nuestro mayor enemigo es la frivolidad. Cuando invito a alguien a una experiencia de este tipo, lo primero que me exijo es que esa persona sea muy cercana a mi corazón. Lo segundo es el que esa persona esté haciendo un camino en el cual la experiencia de Yagé no sea un exitamiento más o una herramienta más para diferenciarse de los demás. Lo tercero es que tenga la posibilidad de trabajar las cuatro virtudes del guerrero:

El miedo, la conciencia, la confianza y el respeto.

El miedo nos protege de la soberbia y la prepotencia. La confianza nos protege de la paranoia.

El respeto nos protege del juicio de los juicios y la no aceptación.

La conciencia nos protege de la frivolidad.

El espíritu con el que se debe atender una oportunidad de encuentro con una planta sagrada y por tanto con el Yagé, como una de las más poderosas, está reflejado en un bello poema de Gibrán sobre el Amor. Termino esta reflexión citando algunos de sus versos.

Cuando el amor os llame, seguidle

aunque sus caminos sean agrestes y escarpados.

Y cuando sus alas os envuelva, dejadle,

aunque la espada oculta en su plumaje os hiera.

Y cuando os hable, creedle,

aunque su voz pueda desbaratar vuestros sueños, como el viento asola vuestros jardines.

Porque así como el amor os corona, así os crucifica.

Así como os agranda, también os poda.

Así como sube hasta vuestras copas y acaricia vuestras ramas más frágiles que tiemblan al sol, también penetrará hasta vuestras raíces y las sacudirá de su arraigo a la tierra.

Como gavilla de trigo, os aprieta contra su corazón.

Os apalea para desnudaros.

Os trilla para liberaros de vuestra paja.

Os muele hasta dejaros blancos.

Os amasa hasta dejaros livianos;

y luego, os mete en su fuego sagrado, y os transforma en pan místico para el banquete divino.

Todas estas cosas hará el amor por vosotros para que podais conocer los secretos de vuestro corazón, y con este conocimiento os convirtáis en el pan místico del banquete divino.

Pero si en vuestro temor solo buscáis la paz del amor y el placer del amor,

Entonces más vale que cubráis vuestra desnudez y salgáis de la era del amor,

Para que entréis en el mundo carente de estaciones,

donde reiréis, mas no todas vuestras risas, y llorareis, mas no todas vuestras lágrimas Ψ